

## GRACIAS, PABLO<sup>1</sup>

Yamil Díaz Gómez

Ignoro las razones del doctor Pablo Guadarrama para pedirme presentar *José Martí, humanismo práctico y latinoamericanista*. Seguramente él no se ha enterado de que pasé la universidad recitando a Konstantinov. Pero aquí estamos, este 28 de enero, frente a los pliegos calientes de lo que en ningún modo podríamos considerar un libro más sobre el Apóstol.

Afirma Pablo (y ojalá me perdonen comenzar por aquí) que la manera en que asumen la herencia martiana los marxistas cubanos, desde sus primeros representantes hasta hoy, «constituye una muestra de asimilación dialéctica y proyección creadora, por lo que deben considerarse sus más altos herederos» (p. 29).

Tengo mis dudas respecto a esta afirmación, por lo que lleva de generalizadora. No olvido que en 1934 Marinello nos convocó a dar la espalda a Martí, ese «gran fracasado». Gracias a Dios, luego superaría con creces tal equivocación. No olvido a Portuondo intentando negar uno de los postulados martianos más originales y humanistas: el de una guerra sin odio, lúcidamente vindicado por Cintio Vitier. No olvido tanto intento de disimular la religiosidad del Apóstol ni tanta página nacida bajo una especie de complejo porque el pobrecito, no fue, «no pudo» ser marxista.

Tampoco olvido que en relación con la esclavitud en el Nuevo Mundo, o al juzgar a la figura de Bolívar, Marx sostuvo opiniones lamentables que no se acercan a la preclara visión del cubano sobre los mismos temas.

---

1. A propósito de Pablo Guadarrama González: *José Martí: humanismo práctico y latinoamericanista*, 344 pp., Editorial Capiro, col. Estilo, Santa Clara, 2015, ISBN: 978-959-265-318-4. Palabras pronunciadas en la presentación del libro en la sede del Comité Provincial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en Villa Clara. Siempre que aparezcan citas textuales de esta fuente, solo se indicará el número de folio.



José Martí, anticolonial hasta en su asimilación de los ideales revolucionarios, fue tajante al afirmar que Nuestra América no viene «ni de Rousseau ni de Washington, sino de sí misma» o que «las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, no tienen nada que curar en la selva del Amazonas». También fue escalofriantemente previsor al advertirle en 1894 a Fermín Valdés Domínguez: «Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: –el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas, –y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados»<sup>2</sup>.

Por eso, y porque me parece contraria a la lógica dialéctica la postura mesiánica de asumir el marxismo como el último puerto a que podía arribar el pensamiento humano, defiendo que la mejor manera de justipreciar el ideario de Martí no es contrastarlo con el de ningún otro pensador, sino sencillamente con la realidad del tercer mundo y, especialmente, de América Latina.

He dicho todo esto para arrancarme una vieja espina de martiano apasionado, no por caer en la descortesía de una aparente discrepancia con el autor del libro que presento, quien, por supuesto, no tiene que cargar culpas ajenas.

Por el contrario, uno de los primeros méritos que saltan a la vista en *José Martí: humanismo práctico y latinoamericanista* (obra útil, plausible y pertinente) es su contribución a una recepción marxista libre de esquemas y de dogmas.

El propio Guadarrama asegura:

El Héroe Nacional cubano no fue un marxista ni tenía tampoco por qué serlo. Pensó al hombre y su historia con las herramientas conceptuales que le ofreció su formación filosófica, y eso le fue suficiente para interpretar el mundo de su época –de forma envidiable aún hoy–, y lo que es más difícil, intentar transformarlo. Y su intención no se quedó en sueños. Su martirologio no fue estéril (p. 270).

Recordatorios como este merecen ser leídos cada 28 de enero. Párrafos como ese he subrayado por decenas, pero no puedo caer en la tentación de repetirlos todos, ni tampoco ofrecer una glosa larga y detenida de estos «ocho ensayos de interpretación del humanismo martiano».

---

2. José Martí: *Obras completas*, 27 tomos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, Tomo 8, p. 244; Tomo 19, p. 160 y Tomo 3, p. 168.



Digamos que, así como una vez el Maestro nos convidó a dar *un paseo por la tierra de los anamitas*, ahora se nos convida a un recorrido por las praderas hermosas (y para muchos vírgenes) cuyos protagonistas son las ideas de Simón Rodríguez y Andrés Bello; Miranda y Bolívar; Varela y Luz; Céspedes y Agramonte; Juárez y Alfaro; Ingenieros y Ponce; Recabarren y Mariátegui; Zea y Dussel, entre tantísimos. Con la mirada respetuosa de quien prefiere ver la luz y no las manchas, Pablo demuestra que el pensamiento humanista en Nuestra América, de la mitología precolombina acá, *debe enseñarse al dedillo*, y le reserva al Apóstol un punto de culminación y nuevo arranque en el devenir ideológico donde él se ubica de manera natural, que es en la historia progresiva del humanismo latinoamericano... Digamos que, con ansia escrutadora, Guadarrama nos acerca a la compleja recepción de una figura que casi todas las banderas reclaman para sí, y nos ayuda a comprender lo que hallaron en él sus amigos Varona, Tejera, Baliño o Juan Gualberto y, más tarde, Villena, Emilio Roig o la Generación del Centenario. Digamos que, con justo afán didáctico, Guadarrama devela el ambiente intelectual en que se formó el cubano mayor; estudia el vínculo de este con las tendencias filosóficas centrales de su época, y en especial su complicada relación con el *sui generis* positivismo propio de nuestro continente. Todo nos lleva a la ya conocida resistencia del Maestro a quedar atrapado en algún ismo.

El doctor Pablo Guadarrama ha heredado de Noel Salomón el concepto de un *idealismo práctico*, que aquí se reacomoda con pericia a nuevos intereses investigativos. Y acto seguido escoge, para mirar a Martí, entre los miles de ángulos posibles, tal vez el más atractivo y necesario, el que mejor nos alumbra al hombre todo: el ángulo del humanismo. Pero aquí no se trata de una versión abstracta, alimentada por idealizaciones y filantropías que no penetran en las causas sociales del mal ni le buscan radical remedio. Este Martí entra de lleno a un humanismo práctico que no se limita a llorar con los menesterosos sino combate en sus raíces la enajenación y se corona con el heroico ejemplo personal. Uno cargado de historicidad, eticidad, optimismo, realismo y de pasión latinoamericanista. Uno que no cree ingenuamente en la bondad a ultranza, aunque sí en el trasfondo bondadoso de los hombres. Un humanismo que confía en el papel de la educación, rinde culto al trabajo y desafía al racismo y al colonialismo. Que toma al hombre como centro, pero no en detrimento de la naturaleza. El humanismo martiano que Guadarrama nos describe le debe, por supuesto, al cristianismo y a la Ilustración; pero se identifica más directamente con la praxis de los héroes que con el discurso de los



filósofos. Y es que el mismo Delegado –calificado como un *hombre práctico* por uno de sus compañeros– proclamó que pensar es desencadenar y, mucho más, servir.

Con la mano segura de un historiador, Guadarrama recuerda que el humanismo no se limita a la era del Renacimiento ni mucho menos es un invento grecolatino. Que en nuestras *dolorosas repúblicas* el pensamiento no fue ningún regalo de conquistadores. Que al sur del río Bravo nos tocó una modernidad incompleta. Y por aquí no tuvieron el mismo sabor que en el primer mundo los paradigmas (o *paradogmas*) liberales. El doctor nos explica cómo el cubano hereda y profundiza el acervo ideológico de los próceres latinoamericanos de la primera independencia, quienes, en muchos casos, junto al separatismo encarnaban las ansias de justicia social. Nos dice cómo esas y todas las luchas populares de este lado del mundo propulsaron los derechos humanos a escala planetaria. Y, al mismo tiempo, con mano de poeta, rescata la belleza histórica de aquellos sacerdotes que, en la Colonia, lanzaron las primeras piedras contra la escolástica y de los jóvenes cubanos que en la Década Crítica –a cuyo centenario nos aproximamos– recuperaron a Martí como símbolo.

Digamos también que en estas páginas Pablo Guadarrama mira a la contemporaneidad desde un claro compromiso con la Revolución cubana, proceso cuya repercusión internacional tanto ha contribuido a la mundialización creciente de la figura del Apóstol. Y que, desde esa posición, aunque con la ventaja de una vastísima experiencia dentro de las ciencias sociales, hunde sus ojos en el lejano porvenir y se pregunta lo mismo que nosotros.

La razón [dice] que, en última instancia, explica las confluencias de los representantes más significativos y progresistas del pensamiento latinoamericano con el ideario socialista, es la respectiva y consecuente imbricación con el pensamiento humanista universal [...] Habrá que esperar los resultados de los investigadores de fines del siglo XXI para saber si el capitalismo se transformará tan sustancialmente que provoque el incremento de las tendencias divergentes o las confluencias encontrarán nuevas justificaciones y se estará más próximo al ascenso hacia el «humanismo real», hacia el humanismo práctico, del cual el marxismo ha sido, al igual que otras posturas filosóficas de carácter humanista, un necesario peldaño. ¿Quién sabe cuántos habrá aún que construir? (pp. 170-171).

He aquí, pleno de eticidad y hambriento de utopía, el humanismo práctico no de Martí, sino de Pablo Guadarrama.



Hoy, 28 de enero de 2016, hay dos motivos fundamentales que, en mi opinión, convierten el presente en un libro particularmente oportuno. El primero: el momento en que aparece, cuando cualquier posible rediseño de nuestro país debe empezar por el apego ético y político al legado del Maestro –incluyendo aspectos de su pensamiento económico, a veces desdeñado–, y por una aplicación cada vez más literal del principio «con todos y para el bien de todos». El segundo motivo es que, como recuerdan estas propias páginas, nuestro Apóstol no ha dejado de ser objeto de agresiones.

Un caso hiriente me parece el texto de Francisco Morán *José Martí, la justicia infinita* (Verbum, 2014), donde –a partir de un puñado de citas y de hechos que, ciertamente no inventó este autor, pero tuvo notable inteligencia para manejarlos tendenciosamente– se nos presenta al Héroe Nacional de Cuba como un hombre hipócrita, oportunista, xenófobo, y un favorecedor de los poderosos en contra de *los pobres de la Tierra*. A esto dedica Morán setecientas veintisiete páginas en las que ignora de manera militante los millones de ejemplos que nos demostrarían todo lo contrario.

También por eso le aplaudo a la Editorial Capiro haber editado esta bocanada de pasión promartiana y haber incluido en su catálogo para próximas fechas el libro *Libertad y enajenación*, del doctor Jorge García Angulo, con páginas imprescindibles para una recepción martiana a la altura del presente siglo.

Gracias, Pablo, por recordarnos que en Villa Clara no solo florecen las llamadas «bellas letras», ya que nuestra literatura debe lucir con orgullo la obra de autores provenientes del ámbito académico como tú, como García Angulo, como Rafael Pla, Gema Valdés y Arnaldo Toledo.

También gracias por esta prosa tuya tan amena, cálida, fluida, libre del retoricismo academicista como de la vulgaridad rebajadora. Por tu asimilación orgánica de estudios anteriores, de tal modo que en la bibliografía de veintidós planas no hay adorno ni alarde. Gracias por tu maestría en el uso de las citas: ninguna peca de corta o larga; nunca sentimos que dejes de hablar para dar paso a la voz de los otros: todo se engarza con naturalidad, y no parece que te apoyes en ellos sino que ellos se valen de ti para resultar mejor leídos. Y en lo que atañe a los fragmentos de Martí, me has recordado aquellos *Granos de oro* de Argilagos, solo que ahora son granos engranados. Gracias por recalcar, sin teque, la vigencia del Maestro, y recordarnos que su postura filosófica no fue ecléctica sino electiva, algo que resumiste con una mágica estocada. Gracias, en fin, por tu palabra honesta y atrevida.



Gracias, Pablo, por los pasajes que te agradecerán quienes aspiren a un Martí sin manipulación de ningún signo. Por cómo exaltas, más allá de una personalidad individual, un humanismo práctico que no es propio de ilusos ni de románticos, entre comillas, sino de revolucionarios verdaderos.

Perdona que me detenga en tus dos últimos párrafos:

El pueblo cubano puede, con justo orgullo, mostrar al mundo la riqueza del pensamiento y la actitud de Martí. De lo que se trata ahora es de continuar su labor enriqueciendo su humanismo práctico y latinoamericanista con elementos novedosos extraídos del análisis de las nuevas circunstancias de estos pueblos y de la situación mundial.

Si nos quedamos solamente en la exégesis de la obra martiana, no estaremos a la altura de los nuevos tiempos. Pero es imprescindible conocerla, como la de otros pensadores y próceres de la emancipación latinoamericana y caribeña, para apoyarnos en sus hombros y otear algo más lejos un horizonte, y es que si bien parece iluminar amaneceres, los nuevos días también pueden acarrear peligros, pues los nuevos tigres imperiales siempre acechan (p. 322).

Gracias, Pablo, porque has hecho un recorrido por el pasado y el presente, pero lo que nos dejas es un Martí para el futuro.

Hoy, 28 de enero de 2016, recuerdo la primera vez que asistí al lanzamiento de una publicación literaria. Han pasado tres décadas. El profesor Gaspar Jorge García Galló presentaba en el parque de las Arcadas su obra *Martí, demócrata revolucionario*. En su cháchara de ese día, el viejo comunista recordaba su juventud villareña y a varios compañeros de generación que le decían: «Galló, cuando el comunismo triunfe, Santa Clara va a llamarse Gallogrado».

Era un chiste tremendo.

Pues bien, resulta que el profesor García Galló tuvo en parte la culpa de que hoy exista *José Martí: humanismo práctico y latinoamericanista*. Fue él quien en 1980 incitó al joven Guadarrama a escribir sobre el Apóstol. Fue él quien le sembró una semilla incluso más importante: la de pensar libros. Fue él quien le donó a su seguidor una eficaz definición de humanismo como «conjunto de ideas que destacan la dignidad de la persona humana, la preocupación por su desarrollo armónico y la lucha por crear condiciones favorables al logro de tales fines» (pp. 141-142).

Imagino la sonrisa del mentor al verse superado una vez más por el alumno.



Hoy, 28 de enero de 2016, el currículum del doctor Pablo Guadarrama acumula doscientos catorce artículos publicados en periódicos, cuarenta y nueve volúmenes escritos en coautoría y veintiuno debidos a su creación individual. Por tanto, le agradezco que desde su altura haya pensado en un simple mortal para que presentara este título suyo que de seguro subrayaremos otra vez y –en gesto de reciprocidad– propongo solemnemente que nuestra ciudad de Santa Clara pase a llamarse Pablogrado.